

II

No es cosa nueva que al llegar desconocidos pastores á región extraña, vayan á su lado lobos carnívoros cubiertos con pieles de oveja, y aun disfrazados de zagalles. Desde el principio de la Iglesia hubo herejías, y las habrá hasta el fin del mundo, pues son convenientes y hasta cierto punto necesarias, como dice el Apóstol, para la purificación y santificación de los justos: *oportet et hæreses esse ut qui probati sunt, manifesti fiant in vobis*. Pero por lo mismo que esta situación es normal y duradera, tenemos reglas fijas para distinguir á los emisarios de Cristo de los emisarios de Satanás. Si alguno os predicare cosas diversas de las que habéis oído hasta aquí, decía el Apóstol San Pablo, arrojadlo lejos de vosotros, *si quis vobis evangelizaverit præter id quod accepistis, anathema sit*. [Gal. 1, 9.] Hé aquí la primera regla á que os habéis de ajustar, Hijos míos; regla dictada nada menos que por el Espíritu Santo, y promulgada por el Apóstol de las Gentes. Por un favor especial de la Providencia, que ha negado á otros muchos menos afortunados que vosotros, nacisteis en el seno de la verdadera Iglesia, y juntamente con la leche materna mamasteis la doctrina católica. Habéis creído

siempre en los augustos misterios de la Trinidad Sacrosanta, de la Encarnación del Divino Verbo, de la Redención del género humano. Habéis sido fieles hijos de la Iglesia Romana, fuera de la cual no hay salvación, y de su cabeza visible el Sumo Pontífice. Con los mandamientos de Dios habéis confesado y procurado guardar los preceptos de la misma Iglesia, y creído cuanto ella os propone. No habéis negado uno solo de sus siete sacramentos; os habéis gloriado de proclamar á Jesucristo real y verdaderamente presente en la Sagrada Eucaristía, y jamás os habéis avergonzado de confesar vuestros pecados á los ministros del cielo que tienen potestad de perdonarlos. Con la esperanza de alcanzar la vida eterna prometida como recompensa á los justos, habéis invocado el auxilio de los santos y de los ángeles, y muy particularmente habéis amado, y venerado, y adorado á María, Madre de Dios y Madre nuestra, Virgen siempre pura, y concebida sin mancha de pecado original, Reina de los cielos y poderosa medianera que obtiene cuanto pide del que quiso nacer de su seno castísimo.

Esta es la doctrina católica que se predicó desde el principio á vuestros padres, y que habéis de conservar intacta, so pena de eterna condenación. Cuando falsos apóstoles vengán predicándoos dogmas diversos, y proclamando que su evangelio es el verdadero, decid como Tertuliano en circunstancias análogas: *Edant origines ecclesiarum suarum, evolvant ordinem episcoporum suorum*. Manifiesten el origen de sus Iglesias, y muestren la serie de sus Obispos, expresando uno tras otro sus nombres hasta llegar á alguno enviado directamente por Jesucristo, ó por su Vicario en la tierra, el Romano Pontífice.

Hé aquí la piedra de toque con la cual descubriréis al momento quién es el legítimo pastor y quién el intruso que se ha introducido furtivamente en el redil. Si no ha sido enviado por el Sucesor de San Pedro, si de él no ha recibido su misión, aunque sea más sabio que el mismo Salomón, aunque sea rico y poderoso y traiga en pos de sí brillante séquito, aunque lo hayan enviado sociedades opulentas, no es él el verdadero ministro del cielo, y hay que fulminar el anatema contra él y sus doctrinas.

Hubo un tiempo en que el mismo San Jerónimo, no sin razón llamado el Doctor más grande, *Doctor maximus*, á pesar de su santidad á toda prueba y de su reconocida sabiduría, se vió sumergido en un mar de dudas, y víctima de la ansiedad más espantosa. Se hallaba en Palestina, tan lejos de Roma, y en medio de tres Prelados que, opuestos entresí, proclamaban no obstante su ortodoxía, asegurando cada cual estar unido á la Sede Romana. Oid lo que en tales circunstancias escribía el doctísimo santo: "Cada partido me procura atraer con todas sus fuerzas; yo permanezco perplejo, sin saber á qué lado inclinarme, oculto como barquilla de pescador entre bajeles de alto porte. Entretanto me asocio de corazón á Tí, oh Padre Beatísimo, y quiero permanecer siempre en tu comunión y ligado á Tí, es decir, á la Cátedra de Pedro, porque sé que tú eres la roca en que edificó Cristo su Iglesia. *Ego vero Beatitudini Tuæ, id est Cathedræ Petri communionem consocior: super illam petram ædificatam Ecclesiam scio.* ¿Qué me importa Vital? Nada sé de Melesio, desconozco y desecho á Paulino. El que no recoge contigo, oh Padre Santo, des-

parrama la preciosa simiente. El que no está dentro del Arca perecerá durante el diluvio, por más que quiera nadar á su lado. En medio del conflicto que me circunda, clamo contristado con todas mis fuerzas: *El que está unido á la Cátedra de Pedro, ese es mío, á su rebaño pertenezco.*"

III

Cuando esta mañana el Óleo Santo fué derramado sobre la cabeza de vuestro nuevo Pastor, antes de empezar la solemne ceremonia se mandaron leer públicamente las augustas Letras en que el Vicario de Jesucristo, el sucesor de San Pedro, nuestro actual Pontífice León XIII, lo instituye vuestro Obispo y Prelado legítimo. Sin este requisito, ni yo ni otro alguno de mis venerados colegas habríamos osado proponérslo como jefe espiritual, ni mantener con él las relaciones de fraternal amistad que nos unen. Ni á esto tan sólo se limitan las precauciones de nuestra Madre la Iglesia, tan celosa por la fé de sus hijos. En presencia de nosotros y á vuestra vista fué minuciosamente examinado acerca de sus creencias y doctrinas; y uno por uno fué confesando los artículos de nuestra fé, proclamando muy alto su obediencia y sumisión al Pontífice Romano. Sólo entonces se impuso en su dedo el pastoral anillo, símbolo de los místicos desposorios que ha celebrado con esta Diócesi, á la cual queda desde hoy unido con vínculos indisolubles. Sólo entonces le dimos el ósculo de paz, y pudimos decirle, como en otro tiempo Saul al rey que acababa de consagrar: *Ecce unxit te Dominus super hære-*

ditatem suam in principem, et liberabis populum suum de manibus inimicorum ejus. Te ha unguido el Señor para que seas príncipe de esta selecta porción de su herencia. Vé, que rodean á su pueblo multitud de enemigos: tú serás su custodio, tú serás su libertador.

Por lo demás, Hijos míos, para vosotros era supérflua esta nueva profesion de fé de parte de vuestro actual Obispo, pues hace tiempo que la tenéis bien conocida. Hace cerca de treinta años que trabaja entre vosotros, ¿y qué habéis encontrado en él que no sea digno de alabanza? Llegó en la flor de la juventud, y en seguimiento del primer Pastor que vino á sustituir á los antiguos, y como al principio os indiqué, aquí mismo recibió la unción sacerdotal. ¿Qué os predicó que los primeros misioneros no os hubieran enseñado? La misma fé, los mismos sacramentos, las mismas ceremonias que os trajo de su país natal habíais visto en los primeros religiosos. En el mismo idioma latino ofrecía el santo sacrificio, de la misma manera mecía el simbólico incensario, del mismo modo os bañaba con el agua purificadora, os daba la absolución sacramental, os unía en santísima coyunda.

Nuevo pastor, y al frente de nuevo rebaño, no descurió el antiguo, sino que procuró refundir á entrambos en uno, y daros continuas pruebas de la unidad de la Iglesia. En sus primeras misiones, en Laredo y en esta ciudad, ha sido por más de un cuarto de siglo el consuelo, el apoyo, el padre de la población mexicana, cuyo idioma procuró aprender desde luego, y á cuyos hábitos se conformó fácilmente, identificándose con vosotros más bien que con los nuevos pobladores. Esto ha tenido pre-

sente la Sede Apostólica al dárselo por pastor, y este es un nuevo motivo que tenéis para permanecer fuertemente unidos con él mismo y con el Romano Pontífice.

Rudo trabajo le espera en sus últimos años; pero así ahora, como en su florida juventud, jamás ha pedido al Señor preeminencias ni buscado cátedras de honor. *Noli quærere a Domino ducatum nec a Rege cathedram honoris.* A vosotros toca aligerar esta carga, con vuestro amor, vuestra piedad, vuestra adhesión á la Iglesia, vuestro apego á la fé de vuestros mayores.

Así como el árbol frondoso, aunque extienda por todos lados sus ramas, y dé sombra á muchas yugadas de tierra con su verde follaje, no tiene sin embargo más que un solo tronco; así como la fuente es una sola, aunque nazcan de ella mil y mil arroyuelos que rieguen innumerables campos; así como los rayos de luz que iluminan al mundo, aunque incontables, provienen todos del mismo sol, así, dice San Cipriano, la Iglesia católica, aunque difundida por todas partes, aunque ilumine y riegue á toda la tierra, aunque sus ramas se extiendan á todas las regiones del globo, sólo tiene un tronco, un manantial, un foco, y ¡ay del que se separa del centro de la unidad! ¿Qué sucede á la hoja que el viento arrebatada y separa del tronco que le comunicara la savia vital? ¿Qué es del arroyuelo que divide sus aguas del venero de donde saliera? ¿Dará luz el rayo segregado del sol de donde emana? Igual suerte, añade el mismo Padre, correrá el desdichado que se separa del centro de unidad, del foco de luz, del tronco de vida que es la Iglesia católica.

¡Que no os suceda semejante desgracia, mexicanos de

Tejas! Alguna excusa tendrá quizás en el tribunal divino el que nunca conoció la verdad; pero vosotros, cuyos ojos al abrirse por vez primera fueron iluminados con la luz de la fé, ¿qué podréis alegar si tenéis la desgracia de perder un dón tan precioso?

Gracias á Dios que no hay temor alguno de que permitáis que os seduzcan. Permaneced apegados á las tradiciones de vuestros mayores, y adheridos al centro de unidad por medio de vuestro nuevo Prelado. Al venir desde tan lejos á asistir á esta solemnidad, no sólo he querido darle á él mismo una prueba de mi estimación y particular amistad. Mi objeto ha sido igualmente el mostraros á vosotros que la Iglesia, ya se mire á la asamblea de los fieles, ya se tenga presente á la falange de Prelados, es una sola, un solo cuerpo compacto y unido, cuyos miembros, sujetos á la Cabeza Suprema, se aman entre sí, y deben amarse con ardiente amor. Que no se pierda una sola de las ovejas confiadas al nuevo Pastor, ni á mis venerados colegas aquí presentes, y que juntamente con las mías se encuentren todas en el cielo con sus jefes á la cabeza, es mi ardiente deseo que ruego al Señor no salga fallido.

